

El bachiller Sansón Carrasco

Eloy Recio Ferreras
Catedrático- Departamento de Humanidades
UIPR-PR

Resumen

Entre los más de 669 personajes que desfilan por la obra de Cervantes el Bachiller Sansón Carrasco –en sociedad con el Cura y el Barbero– representa la antítesis del protagonista cervantino e incurre en una demencia que raya en lo esperpéntico por carecer de autenticidad en el papel que desempeña. Frente a la sinceridad y entrega vital de don Quijote, el Caballero de los Espejos o de la Blanca Luna nunca brillará como caballero y, menos aún, como académico graduado en las aulas salmantinas. En él se cumple el aforismo quijotesco: “muchos son los andantes, pero muy pocos los caballeros”.

Palabras claves: Cervantes – Sansón Carrasco – esperpéntico – antítesis del caballero cervantino - demencia

Abstract

Among the more than 669 characters that make their appearance in Cervantes' work, bachellor Sansón Carrasco—along with the Priest and the Barber—represents the antithesis of the cervantine main protagonist and incurs in a madness bordering on the grotesque for lack of authenticity in the role played. In the presence of Don Quijote's sincerity and vital devotion, the Knight of Mirrors or of the White Moon, will never shine as such and much less as an academic with a degree from Salamanca. He is the embodiment of the quixotic aphorism: “many are errant, but very few are knights.”

Key words: Cervantes - Sansón carrasco – grotesque- antithesis of the cervantine main protagonist - madness

Una de las características peculiares de la obra de Cervantes es que, cuanto más se lee y analiza, los personajes y las acciones que de ellos se desprenden, aportan un mundo inagotable de significaciones. El perspectivismo cervantino queda expresado de manera significativa en los 669 personajes que desfilan como espejos del espacio y tiempo revividos por el autor en las paginas de su novela **Don Quijote de la Mancha**, y acercarse a cada uno de ellos es tarea inalcanzable porque están sacados, prácticamente, de todos los estratos sociales conocidos e imaginados por el autor. No obstante, por la pluralidad

y trascendencia de sus funciones, resaltan dos grupos o categorías de personajes: Don Quijote y Sancho en primer lugar, y el Cura, el Barbero y Sansón Carrasco como segundo grupo más cercano y afín a los protagonistas. Cada uno de ellos salta a la novela cervantina y arrastra la herencia de su propia clase social (don Quijote y Sancho) o a contrapunto con las expectativas de su propio oficio o profesión, pues el Cura nunca está en la iglesia, el Barbero jamás hace referencia a su trabajo y el Bachiller no muestra más que un pálido reflejo de sus estudios universitarios. El milagro está en la armonía de los contrarios.

Entre los muchos discursos y arengas de don Quijote hay uno muy significativo tanto por su belleza oratoria como por ser vivo exponente del alma herida del autor, no del personaje; es el alongado “*discurso de las armas y las letras*”. Llama la atención este discurso porque siendo, como es, creación del clásico de los clásicos castellanos, sería de esperar la preeminencia del letrado sobre el guerrero, del estudiante sobre el soldado; sin embargo, no es así. Y no lo fue, no sólo por reforzar el espíritu combativo del “caballero andante”, sino porque el mismo refleja la experiencia vital de un hombre cuyas aspiraciones académicas se vieron truncadas por un duelo y cuyos méritos marciales nunca fueron compensados sino con el cautiverio en Argel o las cárceles de Sevilla y de La Mancha. Cervantes se siente más a gusto con el uniforme de soldado que vestido como estudiante. Baste reescribir las palabras iniciales del discurso: “*Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen...*” (I,37). ¿Será Cervantes un resentido contra la academia por no haber tenido acceso a los estudios universitarios? ¿Cómo describe a los personajes universitarios presentes en **El Quijote**?

En los siglos XVI y XVII la cultura universitaria contaba en España con varios siglos de experiencia y con una docena de centros reconocidos en toda Europa, especialmente la –muchas veces citada– universidad de Salamanca. Ella sirvió de espacio vital a su *Licenciado Vidriera* (anticipo del otro desquiciado don Quijote) y en ella se formaron casi todos los estudiantes, bachilleres y licenciados que desfilan por su magistral novela. Mencionemos algunos:

- Crisóstomo y Ambrosio, estudiantes de Salamanca (I.12)
- El licenciado (que al final resultó ser sólo bachiller) Alonso Lòpez (I,19)¹
- El bachiller Sansón Carrasco (II).
- Lorenzo, hijo de don Diego de Miranda, estudiante y poeta (II,18).
- Un estudiante, un bachiller y un licenciado (II, 19) que acompañan a don Quijote y Sancho a las bodas de Camacho.
- Un primo del Licenciado que era estudiante y cuya “profesión era ser humanista” (Cap. 22).

Apenas media docena de universitarios figuran en el tupido bosque de personajes (669, según Julio Cejador). Cada uno de ellos muestra en la obra facultades bien dispares: el primero muere por amor de una pastora (Marcela); el segundo, algo presuntuoso, cobarde y mal caballero a la jineta; Lorenzo de Miranda, es, entre todos, el mejor parado, pues, además de su dedicación al estudio y práctica de las letras, le sirve de recurso al autor para fundamentar su teoría poética; el estudiante, el bachiller y el licenciado atraídos por las bodas de Camacho son casi espectros sacados de las comedias de capa y espada, o pretextos cervantinos para exponer sus conocimientos de esgrima basada en la matemática; el ultimo es el “primo” del licenciado , trasnochado *humanista* y mal lector de los clásicos griegos y latinos. Entre todos los personajes relacionados con el medio académico hay uno cuyo papel protagónico empieza a verse desde las primeras páginas del la Segunda Parte de **Don Quijote**; es el bachiller Sansón Carrasco.

Sansón Carrasco.

Es muy frecuente en la técnica cervantina hacer la descripción de sus personajes dentro de un juego de aproximaciones que culminan en la identificación precisa del sujeto. Por ejemplo: “el del Bosque”→ “el Caballero del Bosque”→ “el Caballero de los Espejos”→ “el bachiller Sansón Carrasco” o en el caso de Diego de Miranda lo describe progresivamente como el “señor galán”→ “el de la yegua” → “el de lo verde”→”el Verde”→ el del Verde Gabán” → “don Diego de Miranda”. En el caso de Sansón Carrasco, Cervantes antepone a cualquier dato o insinuación del personaje todo un perfil físico y psicológico del mismo a modo de guía crítica para que el lector no quede sorprendido por las acciones que éste lleve a cabo en la segunda parte de la obra. *“Era el bachiller, –dice- aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento; tendría hasta veinte y cuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas,...”*(II,3). Nos hallamos ante un cuadro cervantino pintado en palabras con tanto colorido que nos permite imaginar el rostro del bachiller asomándole una sonrisa picara y burlona aprendida quizás a orillas del Tormes donde años antes se inició el género picaresco con el **Lazarillo de Tormes**. Frutos de esta inicial caracterización serán las simuladas reverencias y alabanzas que el bachiller prodiga a don Quijote y a Sancho, la farsa de su mal fundada caballería andante y hasta la venganza postrera contra su mismo conciudadano. A estas tres etapas queda ligado el protagonismo secundario

que comparte el bachiller Sansón Carrasco con sus dos vecinos el Cura y el Barbero.

Sansón Carrasco es un personaje creado por Cervantes en la segunda parte de la novela y hace su entrada en ella en tres momentos transcendentales: una como lector crítico de la primera parte y las otras dos como actante o antihéroe que pretende apearse a don Quijote de su estado demencial. Su presencia queda, pues, justificada por estas dos funciones principales genialmente manejadas por el autor, primero como recurso de autocritica y segundo como agente provocador de nuevas gestas caballerescas.

Función de autocritica.

Diez años exactos han transcurrido desde la primera edición de **Don Quijote** hasta la publicación de la Segunda Parte en 1615. En esa década proliferaron las ediciones, hubo opiniones divergentes por parte de los lectores y, hasta el mismo autor, se vio obligado a justificar errores cometidos en la primera edición que salió en forma apresurada y mal corregida². Nadie mejor que un bachiller recién llegado de Salamanca para exponer y justipreciar las acciones de los dos protagonistas y la manera de redactarlas del “historiador”. Sansón Carrasco será parte de ese juego de espejos que componen la estructura del narrador y con los que el verdadero autor despista a los lectores hasta el extremo de olvidar si el que habla es Cide Hamete Benengeli, el traductor, los mismos personajes o un narrador en tercera persona que no siempre es el autor real. En este caso es un bachiller que, después de haber leído la Primera Parte, llega de Salamanca trayendo consigo la su opinión y la “del vulgo” sobre los aciertos y descuidos de la ya popular “historia de caballerías” y digo

popular porque “*los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran...*”(II,3) sin contar aquellos que, por no saber leer, la escuchan. “*Aún no estaba enjuta (seca) en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto*”-pensaba don Quijote-, cuando Sansón Carrasco llega al pueblo con la noticia de que sus andanzas ya han sido publicadas y difundidas por toda España.

Al día siguiente el Bachiller es llevado por Sancho a la casa de don Quijote con el fin de confirmarle las buenas nuevas y a partir de ese momento, Sansón Carrasco conducirá en forma amena y ágil el dialogo entre los tres participantes. Para empezar, da fe de que todas sus “historias” han sido llevadas a la estampa y destaca las gestas que más han complacido a los lectores. Alaba la obra por ser inteligible para todos y exalta al autor de la misma porque “*decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios*”(II,3) . Por encima de esta no disimulada autocomplacencia, Cervantes recurre al Bachiller para que se haga eco de las críticas que hasta él han llegado, como, por ejemplo:

- ¿Por qué introduce una novela como El Curioso impertinente dentro de otra novela, como si los personajes principales no dieran suficientes motivos para ampliar sus hazañas?
- ¿Quién y cómo le robaron el rucio a Sancho?
- ¿Cómo es que cabalga sobre el asno si se lo habían robado?
- ¿Qué hizo Sancho Panza con los cien escudos que halló dentro de la maleta en Sierra Morena?

Para la primera censura Cervantes no encuentra justificación y, como último recurso, se acoge al conocido verso de Horacio “*Aliquando bonus dormitat Homerus*”. Cómo y quién le roba el rucio a

Sancho³, lo explicará éste satisfactoriamente y con todo lujo de detalles; no así por qué aparece seguidamente montado en él si se lo habían robado. Sancho le echa la culpa a error del autor o del impresor: forma, por cierto, poco airosa para encubrir Cervantes sus propios errores. Lo que hizo con los cien escudos queda satisfactoriamente explicado por Sancho Panza, aunque no éticamente justificado pues al final se supo de quién era la maleta y los dineros en ella guardados sin que se intuya el más mínimo amago de restitución.

Hasta aquí llega la intervención más noble y desinteresada del bachiller como crítico o conductor del escrutinio que Cervantes debía hacer a su Primera Parte de **Don Quijote**. A partir del capítulo VII, Sansón Carrasco empieza a llevar a la práctica el perfil psicológico que le caracteriza como socarrón, pícaro y amigo de donaires y de burlas. El Ama acude a su mediación porque “*mi amo se sale, ¡sálese sin duda!...por la puerta de la locura*”, pero Sansón la tranquiliza pidiéndole que vaya a su casa y le tenga “*aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oración de Santa Apolonia*”. Cuando ésta le dice que a su amo no le duelen las muelas sino los cascos, el Bachiller la increpa con estas palabras: “*Yo sé lo que digo, señora ama: váyase y no se ponga a disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillear*”. Además de abusador, es pedante y jactancioso. Esta debilidad –tan antisocrática- la descubre don Quijote una vez que el Bachiller le declama este ampuloso y afectado discurso;

“¡Oh flor de la andantecaballería! ¡Oh luz resplandeciente de las armas! ¡Oh honor y espejo de la nación española! Plega a Dios todopoderoso, donde más

largamente se contiene, que la persona o personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mal desearan” (598).

Sancho había pedido a su amo un salario como escudero y don Quijote se lo niega porque no ha hallado en ninguno de los libros de caballerías leídos que caballero alguno haya tenido escudero asalariado. El Bachiller se le ofrece para ese menester y don Quijote igualmente lo rechaza, pagándole con la misma ironía socarrona del bachiller. Le dice a Sancho:

“Mira quién se me ofrece a serlo, sino el inaudito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona,, ágil de sus miembros, sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante. Pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la columna de las letras y el vaso de las ciencias y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes” (599).

A la bufonada sarcástica del Bachiller, reacciona el caballero con guasa e ironía similares; lo cual demuestra que es “loco”, pero no “tonto”. A partir de esta escena queda concertada la tercera salida y con ella los discursos de Sansón Carrasco serán suplantados por la acción.

El Caballero de los Espejos

Fernando Savater publicó un libro corto en páginas y amplio en significados titulado *Malos y Malditos*⁴. Incluye a

Sansón Carrasco entre los primeros porque (junto con el Cura y el Barbero) es uno de esos personajes que creen saber todo lo que es bueno para los demás; en este caso, lo que le conviene a don Quijote. “*Es malo, aunque lleno de buena intención*” (42). Es una de esas personas que están convencidas de lo que debemos saber, lo que tenemos que creer y cómo es mejor que hagamos las cosas. Su intención es buena, pero la intromisión en la vida de los otros es mala, pues parte de una preconcepción del comportamiento ajeno acorde con los valores personales. Sansón Carrasco en contubernio con el Cura y el Barbero deciden que don Quijote vuelva a ser Alonso Quijano y para lograr la regresión al estado de hidalgo pueblerino hay que bajarlo de su locura para asentararlo en la “vulgar normalidad”. La realización de esta empresa lleva anejas tres preguntas indispensables: ¿Quién la llevará a feliz término?, ¿cómo lo hará? y ¿por qué?

- Después del fracasado intento del Cura y del Barbero por sacar a don Quijote de su mundo de ficción, nadie más idóneo para intentarlo por segunda ocasión que el bachiller Sansón Carrasco, vecino y amigo del enajenado caballero andante. Su astucia y dotes histriónicas eran cualidades apropiadas para reducir a cualquier intelecto descarriado como era el de Alonso Quijano. Induce al caballero y al escudero a salir de nuevo y les señala el camino de Zaragoza con la intención de enfrentarse a don Quijote y obligarle en virtud de su palabra a recogerse por un año en su casa. ¿Cómo alcanzar este propósito? Disfrazándose de “caballero andante”.
- b.El Caballero de los Espejos. Sospecho que una vez más Cervantes disfruta creando personajes que, a su vez, reflejan funciones que pertenecen a

otros actantes. El Bachiller se viste de caballero andante para retar a un hidalgo que si se cree caballero andante por culpa de haber leído tantos libros de caballerías. Quizás en la mente del autor está latente el juego filológico de la palabra “*bachiller*” que procede del francés “*bachelier*” que, a su vez quiere decir “*hombre de estudios que espera ser reconocido como “caballero” (“chevalier”)*”. Sansón (aunque es bachiller) no espera ser caballero, no cree ser caballero; en él todo es embeleco y de embuste: su vestimenta, su dama, su escudero, su enamoramiento,... Es un bufón a caballo, por eso los hados se vuelven en su contra, y lo convierten en el *burlador burlado*. Con toda razón don Quijote le recordará más tarde a Sancho que “*muchos son los andantes, pero muy pocos los que merecen nombre de caballeros*” (608). Sansón se disfraza de “Caballero de los Espejos” y se queda en pura forma, en “buche y plumas no más”; carece del coraje, la honra y la virtud, no sólo para imitar a los auténticos caballeros andantes del pasado, sino para emprender hazañas que restablezcan (aunque sólo sea utópicamente) un mundo nuevo en el que reine la justicia, la libertad y la virtud, ideal por el que ciertamente luchaba el “Caballero de la Triste Figura”.

c. ¿Por qué tanto interés por bajar a don Quijote del mundo de su locura? Primero lo hizo su vecino Pedro Alonso; después el Cura (Pero Pérez) y el Barbero (Nicolás) y ahora lo intentará, sin resultado, el bachiller Sansón Carrasco. También fracasa a pesar de que todo está a su favor: es más joven, tiene mejor caballo, mejor escudero, armadura más vistosa, lanza más poderosa, pero,...le faltó

autenticidad y fe en el papel que representaba. Además, ¿por qué tanta insistencia en que don Quijote, el loco, vuelva a ser Alonso Quijano, el cuerdo, el normal, el anodino? ¿Cuándo, de este tipo de personas, se ha escrito algo? ¿Acaso no han sido los locos quienes han protagonizado la historia y el progreso? Sócrates, Jesucristo, Cristóbal Colón, Simón Bolívar, Martin Luther King, la Madre Teresa de Calcuta, ¿fueron genios o locos? En realidad, la línea de separación entre la genialidad y la demencia es tan sutil que, quizás por eso, Cervantes insistió en llamar a su héroe “*ingenioso hidalgo*”; no simplemente loco hidalgo. Y es que entre las muchas clases de locura hay dos que repercuten con más radicalidad en la sociedad por estar directamente ligadas a valores y a conductas: es la de aquéllos que, seducidos por el poder y la riqueza, incurren en el gigantismo ególatra, tan combatido por don Quijote, y del que ofrecen constante testimonio los dictadores y rico-hombres que en la vida han sido. La otra locura es la buena; la locura de Dios al crear al hombre y enviarnos a su Hijo; la locura de los que se entregan a ideales altruistas: la erasmista⁵ que puso la semilla del misticismo castellano y fue estribo para la creación de **El Quijote** cervantino⁶. Los seres humanos en estado de “normalidad” existencial (como Alonso Quijano), el “hombre masa” (Ortega y Gasset), o el tecnócrata moderno jamás han hecho nada extraordinario y, por ende, han carecido de protagonismo en la historia y en la ficción (novela). Alonso Quijano no era nadie hasta que fue poseído por el alma de don Quijote de la Mancha. Su locura tiene, por así

decirlo, dos caras: una que mira al pasado caballeresco, que, aunque ciertamente existió al margen de monstruos, endriagos, y entes mitológicos, es la única forma de estulticia quijotesca digna de análisis siquiátrica. El pasado nunca se repite (al menos en la misma forma), pero sí puede ser reproducido a través de la parodia (es el caso de Don Quijote). La otra locura, la utópica, la que mira al futuro y busca la imposición del reino de la justicia, de la libertad y de la verdad, esa debiera tener siempre y en todas partes muchos Quijotes porque se trata de una locura *axiológica*, no *siquiátrica*.

Dejamos a don Quijote “*en extremo contento, ufano y vanaglorioso... por haber alcanzado victoria de un tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos...*”(656). Atrás queda también el bachiller Sansón Carrasco herido en su orgullo y molido en su cuerpo, pero con una nueva obsesión: la de vengarse de su conciudadano en la próxima ocasión que se presente, “*porque pensar que yo he de volver a la mía (casa) hasta haber molido a palos a don Quijote es pensar en lo excusado; y no me llevará ahora el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos*”(658).

El Caballero de la Blanca Luna

La segunda aparición de Sansón Carrasco como caballero andante ocurre en la ciudad de Barcelona. En esta ocasión hará acto de presencia bajo otro disfraz, el de “Caballero de la Blanca Luna” y con otro latente y renovado propósito: el de vengarse de su primera derrota. Como los

dioses del Olimpo, cae (“*Deus ex machina*”) sobre la antigua playa catalana, y sin preámbulos (como quien tiene prisa por dirimir el pleito) reta por segunda vez al ya transformado en *Caballero de los Leones*. En realidad el enfrentamiento no fue entre dos caballeros, sino entre dos caballos, pues ni Sansón Carrasco ni don Quijote llegaron a hacer uso de sus lanzas o espadas. “*Al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna (dice don Quijote) no podría resistir la flaqueza de Rocinante*”(1055). Caballo y caballero cayeron por tierra tras la embestida de esa máquina infernal sobre la que cabalgaba el Bachiller. El resto es parte del relato cervantino.

Desde la perspectiva del lector, esta brusca presentación de los hechos, que muy bien puede ser resumido en un *vine, vi, vencí* de Sansón Carrasco, da la impresión de tratarse de darle un final a esta ya larga historia; como le ocurrió a Unamuno con su Augusto Pérez de *Niebla*. Hay que matar a don Quijote para que no le saquen nuevos infundios y tampoco debe dejarse en el olvido que el autor tiene ya *puesto el pie en el estribo de la muerte*. Ningún personaje de la obra más adecuado que el Bachiller para poner punto final a las andanzas dislocadas del “caballero andante”. De todos, sólo él ha jurado vengarse y lo hará como mal “bachiller” y peor “caballero”. Aparece como fantasmal figura y desaparece igualmente tras la amonestación que le hizo don Antonio Moreno: “*¡Oh, señor, Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él! ¡No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura del don Quijote a lo que llega el gusto que da con sus desvarios?...y, si no fuese contra caridad, diría que nunca sane don Quijote*”(1049). Como otros muchos,

ninguno de los dos comprendió la razón de ser de esta platónica locura; Antonio Moreno porque la entendió a modo de risa o guasa; el Bachiller porque interpretó su locura como una manía patológica perniciosa para sí mismo y para todo su entorno, pues con su conducta contagiaba a todos los que le trataban. Contagió a su escudero que terminó más loco que su señor; (*“Me parece, Sancho, que tú estás más loco que yo”*, le dijo en cierto momento don Quijote); el Cura, el Barbero y Sansón Carrasco terminaron, sin querer, afectados por las mismas excentricidades de su conciudadano; hasta los Duques, que pensaban estar manipulando al caballero y al escudero, fueron víctimas de su propia comicidad. Más sensatez y equilibrio demostró el Caballero del Verde Gabán (don Diego de Miranda) al invitar a don Quijote a su casa para descubrir si éste era *“un loco cuerdo o un cuerdo loco”* pues *“le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos”*(681). La locura de don Quijote es sorprendente y contagiosa: desafía más a la imitación que a la crítica racional y psicológica. Por eso don Miguel de Unamuno, tocado del mismo delirio quijotesco, pide a gritos *“rescatar el sepulcro de don Quijote del poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que lo tienen ocupado”*⁷. Esa súplica más parece una forma de enloquecimiento de un “caballero andante” (de la *Generación del 98*) pidiendo a gritos libertad para la imaginación, tolerancia para el pensamiento, independencia para la ilusión; o sea, una forma de locura que este “mundo de sanchos” no tolera porque lo “normal” es no disentir, no diferir, ser igual,...De esta manera, la “normalidad” se transforma en una manera de locura, y la locura en manifestación de lo que lógicamente debiera ser lo normal.

Dejamos a don Quijote, caído (en el cuerpo) y decaído (en su espíritu), camino hacia su lar nativo. Esta vez fue Sancho quien divisó primero su nunca mencionado pueblo y, puesto de rodillas pronunció estas elocuentes palabras:

“Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos y recibe también tu hijo don Quijote, que, si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede” (1093).

A esta altura de la obra Sancho imita en el lenguaje a su señor y, como él, desatina en el obrar, pero acierta y es discreto en el decir, pues reconoce, en profundo análisis y acorde con don Quijote, que el mayor de los triunfos para un caballero, a pie o a caballo, no es el de las batallas ganadas, sino el conocimiento y el vencimiento de sí mismo; principio, por cierto, socrático del cual emana toda sabiduría. En el caso de don Quijote se distinguen dos formas de reconocimiento propio: el de la locura que le induce a la expresión *“Yo sé quién soy”* y el de la posterior cordura, la provocada y buscada por el Caballero de la Blanca Luna, la que marca el principio del fin de todas sus heroicas hazañas: *“Yo fui loco y ya soy cuerdo, fui don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno”* (1103). A partir de esta última declaración del protagonista, Cervantes pudo poner el punto final a su obra, pues, una vez apeado don Quijote del mundo de la ficción, nada de cuanto pueda decir o hacer Alonso Quijano es materia de novela. El “ingenioso” ya no es el hidalgo manchego, sino el poseído de los dioses, el

enloquecido por la utopía de un mundo más justo y ético. Don Quijote de la Mancha es el alma de don Alonso Quijano (F.Savater) y, una vez desvanecida ésta, el hidalgo desaparece, porque sin alma no se puede vivir. ¿Por qué prefirió Cervantes llevar a su protagonista más allá de la cordura y matarlo de muerte natural? Lo dice en el prólogo al anunciar que nos dará un Quijote “*dilatado y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva a levantarle nuevos testimonios*” (546), como lo hizo años antes Avellaneda.

Uno de los actantes que intervino directamente en el desenlace final de la novela cervantina fue, sin duda, el bachiller Sansón Carrasco. Aunque muy bien pudiera ser clasificado como el “antihéroe”, deja en el lector gustos e impresiones encontradas, pues en su primer enfrentamiento con el “Caballero de la Triste Figura” el espectador se congratula con el triunfo del Caballero Andante real, con mayúsculas, (dentro del mundo de la ficción) y la derrota del que simulaba ser “caballero andante”. En la última etapa la sensación es opuesta porque en el enfrentamiento decisivo no triunfó la valentía, el heroísmo, la cortesía o el idealismo, sino la brutalidad del caballo y la astucia ladina del Caballero de la Blanca Luna. Ese mismo desagrado se genera en el lector al seguir la pantomima repulsiva de los duques o la repetida y canallesca picardía de Ginés de Pasamonte. A todos supera el bachiller Sansón Carrasco por la naturaleza de su malicia y los resultados de su final intervención. Como bachiller es la antítesis de otros académicos que aman la poesía, interpretan a los clásicos y componen libros sobre temas bizantinos; todos ellos –como don Quijote– persiguen ideales, tienen ilusiones, buscan un mundo más perfecto. Todos, menos Sansón Carrasco. El mató la esperanza en un

mundo lleno de sanchos, de duques, de curas, de barberos, de galeotes y... de gigantes; pues, ciertamente, “*no eran molinos, sino gigantes*” lo que el “ingenioso hidalgo” perseguía.

Recibido 18- 11- 06

Aceptado 10 -1- 07

NOTAS

¹ Aunque Clemencín considera el enfrentamiento nocturno de don Quijote con los encapuchados que trasportaban un difunto desde Baeza a Segovia, como una parodia al capítulo 76 del *Palmerín de Inglaterra*, la descripción de la muerte del caballero, de sus portadores así como de la geografía coinciden con un hecho real: la muerte del místico castellano San Juan de la Cruz, que pasó de esta vida tras unas largas calenturas sufridas en Úbeda (no en Baeza, ciudad de Jaén muy próxima a Baeza). Este caballero murió el 14 de diciembre de 1591 y en 1593 su cuerpo fue robado de la tumba y llevado por la noche a través del campo por clérigos de su Orden y caballeros de la ciudad de Segovia (entre los que se hallaba nuestro bachiller). Fue un hecho notorio en toda España, y Cervantes lo incorpora a su novela. También fueron conocidos los pleitos entre ambas ciudades (Segovia y Úbeda) por este motivo.

² Cfr. *Nota al texto* publicada por Francisco Rico a modo de introducción a la edición de **Don Quijote de la Mancha** publicado por la RAE en 2005. Detalla con rigor crítico el anejo y corrección de pruebas así como algunos errores de lectura de los originales.

³ En la segunda edición de 1605 Cervantes enmendó este descuido propio de la precipitación con que se publicó la edición príncipe; no obstante el autor siguió prefiriendo la primera.

⁴ Fernando Savater, (2004) **Malos y Malditos**, Punto de lectura, Madrid.

⁵ Cfr. Erasmo de Rotterdam: **Elogio de la locura**

⁶ M Bataillon (1979) **Erasmo y España**, FCE, Madrid, afirma que “*si España no hubiera pasado por el erasmismo, no hubiera producido el Quijote*”.

⁷ Miguel de Unamuno (1975): **Vida de don Quijote y Sancho**, Espasa Calpe, Madrid, pàg. 13.

Bibliografía

Fernando Savater (2004): **Malos y Malditos**, Suma de Letras, Madrid.

Azorín (1957): **Con Cervantes**, Colección Austral, Madrid.

José Ortega y Gasset (1957): **Meditaciones del Quijote**, Rev.de Occidente, Madrid.

Francisco Márquez Villanueva (1975): **Personajes y Temas del Quijote**, Taurus, Madrid.

Miguel de Unamuno (1975): **Vida de Don Quijote y Sancho**, Col. Austral, Madrid.

Andrés Trapiello (2005): **Al morir don Quijote**, Destino 5ª edic., Barcelona.

Amelia Agostini de del Río (1975): **Compañero del estudiante del Quijote**, Edit. Cordillera, Hato Rey, PR.

Américo Castro, Astrana Marín, Menéndez Pidal. Clemencín...

Miguel de Cervantes: **Don Quijote de La Mancha**, edic. Real Academia Española, 2005.